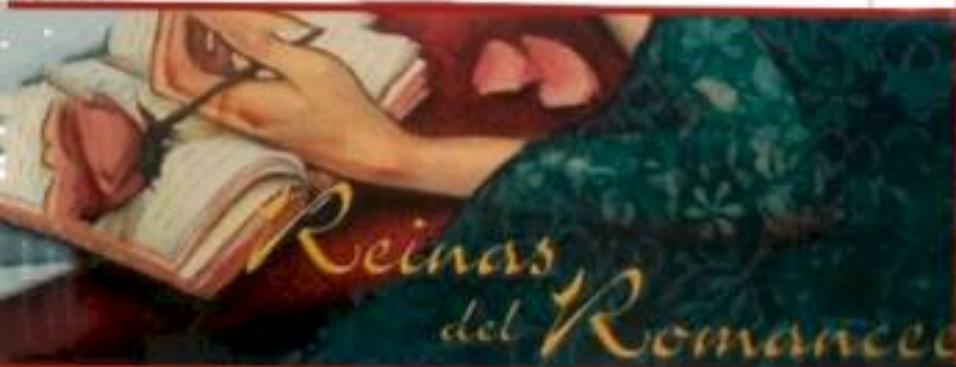


SANDRA



BROWN

EL PRECIO DE LA VICTORIA

Se puede encontrar el amor en los lugares más inesperados.

Stevie Corbett estaba a punto de perder todo aquello por lo que ella tanto se había sacrificado: su carrera, su reputación, su futuro... Incluso su vida. Tenía solo dos semanas para tomar una decisión crucial, pero no podía revelar su gran secreto.

El periodista Judd Mackie era especialista en descubrir secretos y publicarlos. Se había pasado los últimos años siguiendo a Steve, decidido a demostrar quién era ella realmente, y un oportuno encuentro entre los dos le había dado la historia que tanto soñaba conseguir. Era la ocasión perfecta para publicar el artículo del año y que el mundo entero supiera la verdad sobre Stevie. Todo lo que necesitaba era traicionar su confianza...

Prologo

—Ramsey quiere utilizarte como blanco, Mackie.

El novato, que se encontró a Judd Mackie, el cronista deportivo estrella en el ascensor del Dallas Tribune, lo siguió cuando se dirigía a la sala de redacción del periódico más grande de Dallas. Pero Mackie se quedó impasible ante la amenaza de caer en desgracia ante el editor jefe del Tribune. Se colocó junto a la máquina de café. El brebaje era tan viscoso y tan negro, que a menudo Mackie bromeaba diciendo que usaban los restos para rellenar las grietas de la Autopista Central del Norte.

—Mackie, ¿me has oído?

—Sí, te he oído, Addison. ¿Tienes una moneda de veinticinco?

Los bolsillos de su pantalón deportivo, caro pero arrugado, no le dieron la cantidad correcta de cambio, pero tenía fama de que nunca llevaba dinero encima; parecía ridículo que le pidiera prestado a alguien cuya edad y cuyos ingresos eran una fracción de los suyos.

—Ramsey está fuera de sí —comentó el novato mientras le entregaba a su ídolo un puñado de monedas.

—Casi siempre lo está —Mackie contempló el vaso de plástico mientras se llenaba de un café cuya única virtud era que estaba hirviendo y era tan opaco como las gafas de sol que aún llevaba puestas, a pesar de que hacía cinco minutos que había entrado en el edificio.

Mientras bebía el café concentrado, el cristal de sus gafas se empañó, lo que le recordó dónde estaba. Se las qui-

tó y las guardó en el bolsillo de su chaqueta, no menos arrugada que su pantalón. Tenía los párpados hinchados y los ojos enrojecidos.

—Me pidió que te encontrara en el ascensor y que te acompañara personalmente a su oficina.

—Debe de estar echando humo. ¿Qué he hecho esta vez? —preguntó con un total desinterés. Michael Ramsey estaba perpetuamente encolerizado con él.

—Dejaré que él te lo diga. ¿Vendrás por las buenas? — le preguntó preocupado el novato.

—Guíame —le pidió Judd, compadecido.

Addison era un aprendiz que trabajaba por horas entre sus clases de periodismo en la Universidad Metodista del Sur. Durante el primer día de trabajo del muchacho, Judd le ofreció un pañuelo arrugado que sacó de un bolsillo aún más arrugado y le sugirió bromeando que lo usara para secarse la leche de los labios. Pero cuando Addison pareció herido, Judd le dio una palmada en la espalda, declarando que no trataba de ofenderlo, y le dio el mejor consejo que podía darle a alguien que aspiraba a ser periodista:

—Las horas son largas, la paga detestable, las condiciones de trabajo vergonzosas y lo mejor que puedes esperar es que cualquier cosa que escribas pueda ser leída antes de que el perro la mastique, los pájaros la ensucien o el ama de casa envuelva en ella el pollo.

Addison seguía allí, así que por lo visto no había tomado en serio sus palabras. Judd habría seguido censurando el idealismo de Addison, de no ser porque a menudo recordaba una época en la cual él mismo había idealizado su carrera.

La ilusión había desaparecido hacía mucho tiempo, pero en ocasiones, por lo común cuando estaba ebrio, Judd recordaba lo que era sentir una ardiente ambición de hacer algo grandioso. Así que había dejado que el muchacho siguiera soñando. Él mismo averiguaría que la vida juega malas pasadas.

La mañana ya estaba avanzada y la sala de redacción era una colmena de actividad. Los periodistas oprimían las teclas de los procesadores de textos; algunos sostenían con la barbilla el auricular del teléfono. Los mensajeros cruzaban apresurados entre los escritorios, donde ya había montones de paquetes y de correspondencia sin abrir.

Había otros individuos que simplemente andaban por allí, fumando, bebiendo refrescos o café, en espera de que sucediera algo que fuese digno de una noticia o, a falta de eso, de inspiración divina.

—... Los árabes. Pero además Israel... Hola, Judd... no haría...

—Así que le dije: «Escucha, quiero que me devuelvas mis llaves». Hola, Judd. A lo que ella respondió...

—... citar algo. Hola Judd. Alguien deberá arriesgar el cuello y seguir la pista de esto.

Popular entre sus compañeros, Judd respondió a los saludos mientras seguía a Addison entre el laberinto de escritorios y después a lo largo de un pasillo alfombrado que conducía a la oficina del editor jefe.

—Vaya, ya estás aquí —exclamó exasperada la secretaria del editor—. Puesto que no contamos con la milicia, él estaba a punto de enviarme a buscarte. Gracias, Addison. Ya puedes regresar a lo que estabas haciendo cuando te llamó el señor Ramsey.

El novato no parecía dispuesto a retirarse justo cuando estaba a punto de presenciar una escena terrible. Pero la secretaria de Ramsey era casi tan indomable como su jefe, así que se alejó.

—Hola, muñeca. ¿Qué hay de nuevo? —Judd arrojó el vaso vacío a la papelera—. Sírveme una taza de buen café, ¿quieres?

Con los puños sobre las caderas, la secretaria preguntó:

—¿Acaso parezco una camarera?

Judd le guiñó un ojo y le dirigió una mirada tranquila y analítica que muy rara vez dejaba de anotarle algunos tan-

tos en su favor.

—No, pareces una estrella de cine —y cruzó la puerta del despacho de Ramsey antes de que ella pudiera protestar.

Una vez dentro, se vio envuelto en el nocivo humo de las dos primeras cajetillas de las cuatro que su editor jefe fumaría ese día.

Michael Ramsey tenía un cigarro consumiéndose en un cenicero y otro en los labios cuando entró Judd.

—Ya era hora —exclamó encolerizado.

Judd se desplomó en un sillón de cuero y cruzó las piernas.

—¿De qué? —preguntó.

—No trates de ser gracioso conmigo, Mackie. Esta vez has metido la pata.

La secretaria de Ramsey entró con la taza de café, preparada en su propia cafetera. Judd le dio las gracias con una sonrisa y con otra mirada sugestiva que, lamentablemente, ella sabía que no significaba nada. Cuando se retiró, Ramsey exhaló una nube de humo.

—Te has perdido la mejor historia de tenis del año.

Judd se quemó la lengua con el café y soltó una risita.

—¡Tenis! ¿Estás tan enojado por una historia de tenis? Vaya, por tu presión sanguínea tan alta, pensé que los Vaqueros se habían declarado en quiebra. ¿Qué ha pasado, acaso McEnroe insultó al juez de línea?

—Stevie Corbett se desmayó esta mañana, durante su partido en Lobo Blanco.

La mueca de Judd desapareció y prestó atención. Sostuvo la taza de café y miró a Ramsey. Ramsey apagó el cigarro que estaba en el cenicero, le dio una calada al que tenía en la boca y arrojó las cenizas con un gesto descuidado hacia el colmado cenicero de cerámica que estaba en su escritorio.

—¿Qué quieres decir con eso de que se desmayó?

—Bien, eso es precisamente lo que no sabemos, porque no teníamos a nadie allí para que cubriera la historia —replicó Ramsey con dulzura—. Nuestro periodista estrella, demasiado bien pagado, estaba dormido esta mañana.

—Olvida el sarcasmo, ¿quieres? De acuerdo, me quedé dormido, vaya un problema. ¿Qué hizo la señorita Corbett, se tropezó con su trenza?

—No, no se tropezó. Gracias a Dios el fotógrafo sí se presentó, aun cuando tú no lo hiciste. Él dijo que se desmayó.

—¿Se desmayó?

—Sí, se desplomó y se quedó convertida en un pequeño montón de carne y huesos en la cancha.

—Qué terrible fraseología.

El semblante de Ramsey adquirió un rojo más intenso.

—Si hubieses estado allí, lo habrías parafraseado tú mismo.

—No era necesario que yo estuviera allí —afirmó Judd en defensa propia—. Estaba claro que la joven Corbett iba a derrotar a la italiana.

—Pues bien, no lo hizo. Tuvo que cancelar el partido y ha quedado fuera de torneo.

—Con su reciente triunfo en el Torneo Abierto de Francia, este era fácil; jugaba más por cortesía que por cualquier otra cosa. Yo pensaba asistir esta tarde a algunos de los partidos más interesantes.

—Cuando lograras superar tu resaca —declaró Ramsey enfadado—. Tal y como están las cosas, no anunciaste el desmayo de Stevie Corbett frente a una gran multitud de su ciudad natal, que se levantó temprano y luchó con el tráfico para verla jugar mientras tú seguías muy arropado en tu cama.

—¿Y qué se dice por ahí?

—Nada. Su manager leyó una breve declaración para la prensa. En total son tres frases que no nos dicen nada.

—¿En qué hospital se encuentra? —Judd recopiló mentalmente una lista de fuentes fidedignas de la comunidad médica que delatarían a su propia madre por una suma suficiente de dinero.

—No está en ninguno.

—¿No está en el hospital? —de pronto disminuyó el nivel de adrenalina que corría por su sistema y su cerebro frenó rápidamente, dando marcha atrás. Soltó una risa ronca y bebió otro sorbo del café que había dejado a un lado—. Tenías que ser tú el que sacara esto de toda proporción, Mike. La encantadora Stevie quizá tuvo una noche tormentosa. Lo mismo que yo.

Ramsey movió la cabeza con un gesto obstinado.

—Tuvieron que retirarla de la cancha. Fue algo más que una noche tormentosa —le dirigió a Judd una mirada dura que lo dejó clavado en el sillón—. Tendrás que averiguar qué sucedió... antes de que otro lo haga. La radio ya dio a conocer la historia. ¿No la oíste cuando venías para aquí?

—No encendí la radio. Me dolía la cabeza —replicó Judd.

—Me lo imagino. Toma —Ramsey sacó un frasco de aspirinas del cajón de su escritorio y se lo arrojó a su periodista más intuitivo y más incisivo, que casualmente también era el más exasperante. Guardaba una provisión de aspirinas solo para él.

—Tómame tres, o todas, lo que necesites para estar en forma y en el teléfono o haciendo indagaciones por ahí, pero entérate de lo que provocó el desmayo de Stevie Corbett —azotó el espacio que había entre ellos con el cigarro que tenía entre los dedos—. Quiero tu historia a tiempo para la edición vespertina.

—Tengo una cita, es decir, una comida —Judd consultó su reloj.

—Cancélala.

—No —respondió mientras se levantaba perezosamente del sillón— eso no será necesario. Llamaré a la joven y

cambiaré nuestra cita para media tarde. Entonces ya tendré escrita la historia, lista para que la impriman —ya en la puerta, le dirigió a Ramsey un saludo burlón—. ¿Sabes, Mike?, si no te tranquilizas, te vas a morir muy joven.

Salió dejando la puerta abierta. Todos en la sala de redacción oyeron cómo Mike Ramsey le dirigía un calificativo que no era un halago para él ni para su madre.

Capítulo 1

—Oh, Dios mío, usted.

Stevie Corbett se apoyó en la puerta que acababa de abrir. Llevaba puesta una bata corta estilo kimono, cruzada sobre el pecho y atada con un cinturón. Los detalles de su atuendo no pasaron desapercibidos para el cronista deportivo, que era su némesis y la última persona sobre la faz de la Tierra con la que desearía hablar en ese momento.

—Pensé que era otra persona —declaró.

—Es evidente. ¿Quién es el afortunado a quien esperaba? —en su voz se adivinaba una atrevida insinuación.

—Mi médico me envió un medicamento y pensé que era el repartidor.

—Para eso están las mirillas —le recordó Judd golpeando el pequeño agujero redondo de la puerta.

—No se me ocurrió ver quién era.

—Tiene la mente en otras cosas, ¿no es cierto?

Ella miró detrás de Judd, con la esperanza de ver al esperado repartidor de la farmacia.

—Así es.

—Como hacer el ridículo esta mañana en el Centro de tenis de Lobo Blanco.

—Como de costumbre, señor Mackie, sus palabras son incorrectas —volvió a fijar la mirada en él.

—No por lo que he oído decir.

—¿Por lo que ha oído decir? ¿No estuvo allí? —puso una cara triste—. Que lástima. Habría disfrutado tremendamente con mi humillación.

Judd sonrió y las líneas de su bronceado semblante se hicieron más profundas.

—Le estoy ofreciendo amablemente mi hombro para que lllore en él. ¿Por qué no me invita a pasar y me habla de ello?

—¿Por qué no se va al infierno? —en contraste con sus palabras su sonrisa era angelical—. Puede leer la noticia de mi ignominiosa caída en la columna de su competidor.

—No tengo ningún competidor.

—Y tampoco tiene modestia, escrúpulos, talento, ni buen gusto.

—Vaya —silbó él—. La caída de esta mañana no ha mejorado en nada su perverso carácter.

—Tengo muy buen carácter con todos, excepto con usted. ¿Por qué debería fingir lo contrario? No soy una hipócrita. ¿Por qué debería ser amable con el columnista que escribe artículos mordaces acerca de mí?

—Mis lectores esperan que yo sea incisivo —afirmó, li-sonjero—. Mi sentido del humor ácido es mi tarjeta de presentación, lo mismo que esta larga trenza rubia es la suya —estirando el brazo deslizó los dedos por los mechones trenzados, empezando por el hombro y siguiendo hasta la curva del seno.

Stevie le dio un manotazo y se echó la trenza a la espalda.

—Hoy esquivé a la prensa. ¿Cómo ha llegado aquí?

—Sé a quién debo sobornar para obtener una dirección y otras cosas por el estilo. ¿Por qué quiere eludir a la prensa?

—No me siento bien, señor Mackie, y ciertamente no tengo ganas de intercambiar insultos. Si hubiese sabido que era usted el que estaba al otro lado de la puerta, jamás la habría abierto. Le suplico que se vaya. —¿Me permite una pregunta?

—No.

—¿Por qué se desmayó?

—Adiós.

Le cerró la puerta en la cara, casi atrapando el borde de su chaqueta. Durante un momento, apoyó la frente en la madera. Stevie recordó que apenas el día anterior en su columna había aparecido un comentario cáustico acerca de que ella jugaría en el torneo en Lobo Blanco:

«Este periodista no puede evitar preguntarse qué llevará puesto la señorita Corbett, tan consciente de la moda, y que recientemente tuvo suerte en el Torneo Abierto de Francia, para deslumbrar a sus fanáticos adoradores de su ciudad natal», había escrito Mackie.

Durante años, desde que se convirtió en una de las jugadoras mejores, el cronista deportivo la atacaba así. Si ganaba, achacaba la victoria a su buena suerte; si perdía, se explayaba con crueldad en las razones por las cuales perdía.

A veces era dolorosamente acertado en sus observaciones, y esas eran las veces en las que Stevie detestaba más su columna. Nunca decía una palabra caritativa acerca de ella, como persona o como deportista.

Sin embargo, últimamente Stevie no le había dejado mucho campo para que manejara su envenenada pluma. Había ganado el Torneo Abierto de Francia, lo que la colocó en mitad del camino para llegar al Gran Slam. Después, Wimbledon. ¿Wimbledon?

Mientras que antes esa sola palabra por lo común generaba expectativas y excitación, ahora evocaba un presagio. En ese momento, Judd Mackie era la última de sus preocupaciones. Con un gesto ausente, colocó una mano en su abdomen y se dirigió a la cocina para prepararse una taza de té. A veces se sentía mejor después de beber algo caliente.

Tan pronto como llenó la tetera y la dejó en el fuego, volvió a sonar el timbre de la puerta. Esa vez fue prudente y usó la mirilla, pero a través de ella solo vio la forma distorsionada de un frasco de medicina.

Abrió la puerta.

Judd Mackie estaba apoyado en el quicio, agitando con indolencia el frasco de plástico color café frente a la mirilla.

—¿Cómo ha logrado hacer eso? —exclamó agraviada y sorprendida.

—Con un billete de cinco dólares y mi sincera promesa de entregarle la medicina personalmente. Me hice pasar por su preocupado hermano. —¿Y él lo creyó?

—No tengo ni idea; agarró el dinero y corrió. Es un tipo listo. ¿Me invitará a pasar ahora?

Suspirando resignada, se apartó. Durante varios momentos después de cerrar la puerta, se quedaron mirándose el uno al otro. A pesar de todos los insultos y calificativos desagradables que se cruzaron entre ellos a lo largo de los años, era la primera vez que estaban juntos y a solas.

Bueno, hubo otra vez hacía muchos años en Estocolmo, pero no estaban exactamente a solas, y Stevie dudaba de que él lo recordara.

Se dio cuenta de que era más alto de lo que recordaba. Sus caminos a menudo se cruzaban en los acontecimientos deportivos, sociales o con fines caritativos locales. A veces él la saludaba de lejos, agitando alegre los dedos de una forma que nunca dejaba de ponerla nerviosa.

Quizá era su ropa, que en el mejor de los casos podría describirse como «informal», lo que lo hacía parecer más bajo. Sin embargo, parado tan cerca de ella, Stevie se sorprendió al ver que sus ojos apenas llegaban a la altura de la clavícula de él. Y hasta que Judd no se quitó las gafas de sol, Stevie no recordó que sus ojos eran de color avellana... tirando a gris.

Estiró la mano para tomar el frasco de pastillas, pero él lo levantó por encima de su desordenado pelo castaño, fuera de su alcance.

—¡Señor Mackie!

—¡Señorita Corbett!

La tetera silbó haciendo un sonido agudo, y Stevie se dio la vuelta para dirigirse a la cocina. Él la siguió a través de las amplias y bien ventiladas habitaciones de su casa.

—Qué lugar tan agradable.

—Para un escritor, es una frase muy trillada —replicó ella vaciando el agua hirviendo sobre la bolsita de té que había en una taza—. ¿Quiere un poco de té de hierbas con miel?

—¿Qué me dice de un Bloody Mary? —preguntó con una mueca de disgusto.

—Se me ha acabado el Bloody Mary.

—¿Una Coca-Cola?

—¿Light?

—De acuerdo, gracias.

Sirvió la miel en el té y dio un par de sorbos antes de servirle su refresco. Cuando se lo pasó, él preguntó:

—¿Le duele el estómago?

—No, ¿por qué?

—Mi madre solía darme té siempre que me recuperaba de un cólico a causa de algún virus estomacal.

—¿Usted tiene madre?

—Eso ha sido un sarcasmo que me duele tanto como a usted le dolería el tanto que se anotó Martina con su saque el mes pasado.

—Según recuerdo, usted no mencionó ese tanto en su columna, que decía que Martina simplemente tuvo un buen día.

—¿Usted lee mi columna?

—¿Usted asiste a mis partidos?

Sonriendo al disfrutar de su duelo verbal, Judd bebió un sorbo de su refresco y se instaló en un taburete con respaldo de madera. Stevie le tendió una mano.

—Por favor, ¿quiere darme ahora mis pastillas?

—Son para el dolor —comentó él leyendo la etiqueta del frasco.

—Así es.

—¿Tiene dolor de muelas?

Ella le mostró la dentadura.

—¿También quiere ver mis molares?

—Sus molares me parecen bien desde aquí —replicó Judd despacio, entrecerrando un poco los ojos.

—¿Las pastillas? —le pidió Stevie con una mirada de desprecio.

—¿Dolor muscular? ¿Codo de tenista? ¿Una fractura causada por el estrés?

—Nada de eso. ¿Quiere darme ahora mi medicina, por favor, y dejar de comportarse como un pelmazo? —Judd dejó el frasco en la barra y lo deslizó hacia ella—. Gracias.

—De nada. Me parece que las necesita.

—¿Cómo puede saberlo?

—Por la tensión alrededor de su boca —rozó una comisura de sus labios y después la otra.

Stevie echó bruscamente la cabeza hacia atrás y le dio la espalda. Llenó un vaso con agua y sacó del frasco dos tabletas. Después agarró su taza de té y se sentó en el taburete al lado de él, bebiendo su té en silencio. Él estudiaba todos sus movimientos. Era evidente que el adagio de «si ignoras algo el tiempo suficiente, desaparecerá», no se podía aplicar en su caso.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, Mackie? —le preguntó, cautelosa.

—Cumpló con mi obligación.

—¿No hay algún juego esta tarde acerca del cual podría escribir? ¿Un torneo de golf? ¿Otros partidos en Lobo Blanco?

—Usted es la gran noticia deportiva del día, le guste o no.

—No me gusta —murmuró ella desviando la mirada.

Judd apoyó el codo en la barra y descansó la mejilla en su mano.

—¿Por qué se desmayó allí esta mañana? No pudo ser el calor, pues no hacía mucho.